

MÓNICA ROJAS

A LA
SOMBRA
DE UN
ÁRBOL
MUERTO

Índice

1873	
MAGDALENA.....	15
1910	
PETRA	109
1935	
LEONARDA.....	201
Agradecimientos	273

*...en la puerta del cielo
venden zapatos
para los angelitos
que están descalzos.*

*Niño chiquirritito
de pecho y cuna,
¿dónde 'stará tu madre,
que no t' arrulla?*

Nana española (cantos populares)

Inés quiso que su hijo se llamara Juan, como su abuelo.

A falta de padre, necesitaba hallarle uno entre los mitos que acompañaban la historia de su familia, y quién mejor que el oriundo de España, el que había llegado, hacía muchos años, con su piel blanca, sus ojos verdes y su eterno olor a vainilla.

1873

MAGDALENA

Magdalena no pudo predecir la tragedia. Su malestar era un poco parecido al de la regla, aunque, en principio, nada insufrible.

La muchacha caminaba de un lado al otro como si con sus pasos pudiera acomodar la ingrátida pesadez que se le había encallado en la cadera. Una infusión de manzanilla le ayudaría a aminorar el dolor de panza, pensó, y mientras calentaba el agua sobre la leña se embobó contemplando el arrebol por la ventana.

La espabiló el borboteo del agua. Se la sirvió en una taza, le soltó unas flores y esperó a que la bebida se fuera tiñendo y liberando sus aromas. Buscó un poco de azúcar, pero hacía días que el frasquito de los terrones estaba vacío. Lástima, le hubiera gustado endulzarse un poco el paladar. Es que en Santander han subido tanto los precios, se quejaban las señoras, entre ellas Magdalena, que recién se había unido a las conversaciones de las mujeres

casadas que hacían milagros con lo que recibían de sus maridos para tener, por lo menos, un plato de alubias sobre la mesa. Ni hablar, eso es lo que le toca hacer a una buena esposa: milagros. A una buena esposa también le toca hacer hijos. Un hijo es un milagro.

Tras el primer sorbo, Magdalena volvió a pensar en el azúcar.

Poco le duró la anodina distracción. Una vírgula de agua rosada se deslizó por su entrepierna y, asustada, se alzó el camisón para esculcarse. Notó que una protuberancia, mínima y compacta, destacaba en su vientre blanco, terso como la barriga de un cachorro. A partir de ahí, lo demás pasó muy rápido. Magdalena soltó un quejido y, en un acto reflejo, se fue a recostar en la cama. Un pez estúpido que quería vivir fuera del agua estaba buscando salir por la vagina lacerada de la quinceañera que no sabía lo que estaba pasándole ahí abajo. Abrió las piernas y pujó. Eso que se le salía había tomado una forma más rígida que, con la intensidad de un último jalón, se le desprendió con un chisguete de sangre que se encharcó en su sexo tiñendo de guinda las sábanas que eran color ocre.

Ella, que apenas unos meses atrás había contraído nupcias, se halló sola frente a un pequeño retazo de carne que parecía reposar ovillado sobre nubes de coágulos negruzcos. Intentó limpiarlo para distinguir algo de su humanidad, aunque esa cosa era, ciertamente, más parecida a un pez. Un pescado que, de haber apretado las piernas, quizá se habría resignado a quedarse adentro, pensó o escuchó. Las mejillas se le chapearon. No, no había querido arrojarlo al mundo antes de tiempo,

¿cómo?, si ser madre era la función vital de una mujer casada. Mujer sin matriz no es mujer. Así se lo había dicho su madre y así su abuela a su madre: Los hijos son una herencia del Señor, los frutos del vientre son una recompensa. Palabra de Dios.

Yo no fui, yo no quise..., repetía mientras pedía perdón y se balanceaba acunando al bulto con sus manos pringosas.

Juan volvió a la granja por la noche. Extrañado de que todo estuviera a oscuras, entró y llamó a su esposa, a quien apenas distinguió bajo la tenue luz de la luna que se colaba por las ventanas. Se fue acercando. Magdalena, cariño, no encendiste las velas ni los quinqués, ¿qué pasa?, insistió, y ella, que seguía moviéndose como los péndulos dándole la espalda, parecía no inmutarse. No fue sino hasta que le tocó el hombro que giró su mirada hacia él. Sus ojos estaban a punto de reventar de locura. Carreteras de lágrimas y sangre seca le atravesaban el rostro. Una saliva espesa se le acumulaba en las comisuras de los labios. Magdalena extendió sus palmas y, con sólo verlas, Juan entendió todo. Pobrecita mía, dijo, y la abrazó con fuerza.

Ella balbuceó, babeó la camisa de su marido, la mojó con sus lágrimas y al poco rato se soltó:

Ya deja de lamentarte. No hay tiempo, ¿o es que quieres mandarlo al limbo?, la reprendió esa voz que, se estaba convenciendo, era suya. A lo mejor era el tan sonado instinto materno que se le había despertado con el breve embarazo. No, no quiero. No, que no se vaya al limbo... Pero ¿qué dices?, le preguntó Juan, pero Magdalena, sorda y ansiosa, no perdió tiempo en con-

testarle, se quitó el camisón y rompió una parte que quedaba limpia para improvisar un sudario. Enjuagó el cuerpecito con los restos de la infusión de manzanilla y lo colocó sobre la mesa. En la cabeza amorfa le untó sal, y aceite en lo que imaginó serían sus pies. Yo te bautizo con el nombre de Juan. En el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo. Contesta, di amén para que pueda darle a tu hijo santa sepultura.

Amén, dijo Juan a secas y sin querer participar en la ceremonia.

Magdalena salió al jardín. Cavó con sus uñas un hueco bajo el árbol de manzanas y, tras una sesión de avemarías, colocó ahí el minúsculo fardo con diligencia, tomándose su tiempo para darle algo de solemnidad al acto. Se persignó tres veces y volvió a entrar con el semblante afligido pero sereno, como lo han de tener las almas que saben que tarde o temprano saldrán del purgatorio.

Ya más tranquila calentó agua para darse un baño de asiento mientras le cantaba el *Veni Creator Spiritus*. La canción se tornó en susurro y el susurro en una letra eme dilatada y espesa que se filtró por las paredes de la granja. Ante todo aquello, Juan intentaba acomodar las visiones enmarañadas. Sangre. Lágrimas. Mocos. Saliva. La carnosidad deforme y blanda. La tenue luz de la luna iluminando el fluido casi seco, marrón, pestilente sobre la cama y su mujer yendo de aquí para allá, cantándole al muerto como si hubiera tenido tiempo de forjar un alma.

El epílogo de la pérdida llegó con el cambio de sábanas. Magdalena se recostó. Estaba exhausta y adolorida. Juan hubiera querido abrazarla de nuevo, pero

algo lo contuvo, tal vez el miedo a contagiarse de muerte o quizás ese olor que se había quedado impregnado en la cama, ese maldito olor a hierro y vinagre que se interpuso entre ellos desde aquel momento.

El segundo aborto ocurrió al año siguiente. Esa vez sí le tocó a Juan presenciar todo desde el comienzo. Los meses sin regla, los vahídos y los ascos que Magdalena había empezado a padecer terminaron una madrugada con aquella súbita punzada seguida de la necesidad de sobarse la cadera hasta que llegaron los espasmos. Sabía lo que le esperaba. El dolor. La expulsión. La sangre negruzca. El feto más pequeño que el anterior. Después vinieron las oraciones hechas con más solemnidad que devoción ante un cuerpecito que, casi de manera mecánica, untó con aceite y sal antes de volverlo a envolver en una mortaja improvisada con la tela de su camisón. Tal y como había aprendido de la primera vez, Juan se apresuró a ayudar calentando el agua con flores de manzanilla.

Hoy es el día de san Damián; así te vas a llamar, cariño, se dirigió Magdalena a su hijo. Damián suena muy bonito, ¿no crees? Es como si Dios te hubiera elegido el nombre. Mira a nuestro bebé, Juan; es tan bello. Y Juan le daba por su lado, le decía que sí a todo, pero no quiso acercarse. Se quedó cerca del agua esperando que su superficie se llenara de burbujas porque, por alguna extraña jugarreta de su imaginación, lo había visto moverse como los caracoles cuando intentan apresurar el paso.

Magdalena siguió en lo suyo. Agarró el diminuto envoltorio y lo abrazó contra su pecho como si en verdad fuera un bebé. El mismo peso, el mismo olor, el mismo lazo habrá sentido porque emitió un ligero gruñido, como el que suelta quien hace un esfuerzo para cargar algo. Vamos, vamos, cariño, que es hora de descansar, dijo para tranquilizar un llanto que sólo ella escuchaba y se lo llevó al árbol de manzanas.

Desde adentro, Juan escuchaba las uñas de su mujer surcando la tierra y el canto al Espíritu Santo. También alcanzó a oír los golpecitos que daba para emparejarla después de haber colocado a Damián en el espacio cóncavo, al igual que lo hace quien siembra una semilla.

Tras haber concluido el ritual en solitario, Magdalena entró y cambió las sábanas, agradeció a su marido que hubiera calentado el agua, tomó su baño de asiento, se puso un camisón limpio y se acostó. Juan apagó las velas y también se metió debajo de las sábanas. Estaba aturdido por la tranquilidad de su mujer apenas interrumpida por las lágrimas que derramaba sin ruidos y sin espasmos. Qué rápido se acostumbran las mujeres al dolor, pensó.

Los dos estaban bocarriba. Apenas y rozaban sus meñiques. Juan notó unas grietas en el techo y se concentró en ellas para no seguir vaticinando cómo sería el tercer aborto, el cuarto, el quinto... Ojalá que la casa no se nos caiga encima. Ojalá que no, o que sí. Qué más da si lo que hay dentro ya se está quebrando.

En ese reposo, Magdalena resintió los ecos del mal padecido. Ecos como latidos en las cavernas de sus entrañas. Punzadas. Ella también guardaba silencio, pero

no porque dentro de él buscara sosiego, sino porque buscaba aprisionar eso que la había lastimado. «Que se quede donde está y que se muera con el tiempo». Qué ganaba con quejarse. Mejor imitar a Juan y mirar al techo como queriendo atravesarlo para consolarse con la idea de que su hijo, gracias al Dios del cielo, le haría compañía a su hermano bajo el árbol de manzanas.

Pero sus ganas de ser madre le hicieron una trastada y casi sin poder evitarlo pensó en los detalles que jamás conocería: si habría heredado los ojos azules de ella o los verdes de su padre, si sería travieso o más bien un niño de temperamento tranquilo, cuál habría sido su primera palabra...

Su dolor era constante, insistente y solitario.

Qué pesar sintió, y qué necesidad de acurrucarse en el regazo de su marido, consolarse en su pecho velludo, fornido y amplio, abrigar su cuerpo helado con el calor que emanaba su hombre en la cama, pero no se atrevió a acercarse para no perturbar la mustia quietud que les convidaba el silencio. Uno se podía comprender, pero dos abortos ya eran demasiados. Cualquier paso en falso podría terminar en reproches y ella no quería que él le dijera lo que ya sabía: que, sin un vientre fértil, su lugar en la tierra no estaba justificado. Por eso se quedó con el cuerpo frío y con las ganas de ser consolada para evitar el rechazo. Pobre, porque no hay abrazo más triste que el que no se puede dar.

Las gallinas alborotadas por las ganas de comer anunciaron que pronto saldría el sol. Juan había logrado

dormir un poco, aunque hacía mucho tiempo que no descansaba. Le resultaba imposible recuperar las fuerzas y la calma. Tenía muchas cosas en qué pensar y que planear, sobre todo desde que se había quedado sin ayuda para cuidar a los animales de la granja en los que había depositado todas sus esperanzas para salir de la pobreza. Se suponía que Magdalena se encargaría de ellos mientras él salía a trabajar. Había encontrado un empleo como cargador en una harinera de Santander y, a un año de haber comenzado, ya no podía más.

Tantas horas llevando bultos de aquí para allá para embarcarlos con dirección al puerto de Nantes le estaba causando estragos en la espalda. Y encima de eso, la migraña. Esa maldita migraña que lo embestía cada vez con más frecuencia. De niño, cuando le dieron los primeros ataques, su madre le dijo que no había nada que hacer porque su abuelo había sufrido del mismo mal y las enfermedades que se heredan no se curan, nomás se palian. Trata de preocuparte menos y rezar más, fue lo que le aconsejó. Y cómo iba a dejar de preocuparse si apenas tenía veinte años y ya sentía que la vejez se le acercaba a pasos agigantados, y con la vejez, el ocaso, sobre todo a su esposa. No era de extrañarse que, desde el primer aborto, a las gallinas les hubiera dejado de funcionar la cloaca y los cerdos estuvieran enfermos de flacura y rabia.

En la granja todo se había estancado y apestaba a muerte, hasta el tiempo.

Magdalena mataba el tiempo en su silla mecedora. Quien la hubiera visto así jamás se habría imaginado que fuera tan jovencita. Con la espalda encorvada y los

ojos bien cerca de las costuras, hilvanaba vestidos negros que decoraba con bordados de punto de cruz. Bordaba y rezaba. Rezaba y cantaba. Las paredes eran su coro.

Lo que nadie sabía en ese entonces era que, además de los vestidos, hacía pequeñas sabanitas blancas como del tamaño de una servilleta que adornaba con imágenes religiosas.

Todas las tardes encendía la chimenea y se apresuraba al árbol de manzanas, desenterraba los cuerpos de sus hijos, semejantes a dos dátiles, y, sosteniéndolos como si fuera a amamantarlos, los acercaba al calor y con uno en cada lado, los mecía en su silla y jugueteaba con ellos como queriendo así alegrarles la muerte.

Hebritas, hebritas de oro,
se me viene quebrando un pie,
que en el camino me han dicho,
lindas hijas tiene el rey.

Téngalas o no las tenga
nada le importa a usted.
Ya me voy muy enojado
de los palacios del rey,
que las hijas del rey moro
no me las dan por mujer...

Enseguida les daba un beso, echaba al fuego los sudarios usados, los enredaba en unos nuevos y los colocaba de vuelta bajo el árbol donde las raíces eran sus cunas.

Una tarde prolongó su estadía dentro de la casa. No se dio cuenta de que Juan llevaba un rato mirándola,

tratando de descifrar lo que estaba haciendo, cuando el hedor a podredumbre le alcanzó la nariz, Juan saltó sobre su esposa para arrebatárle los dos bultitos que, por el asco y los nervios, arrojó al fuego. Magdalena estuvo a punto de lanzarse por ellos de no ser porque su esposo la sostuvo a tiempo. ¡Ya están muertos!, le gritaba intentando controlarla y ella le decía que no, que cómo era posible que no los escuchara, que se estaban retorciendo, que sufrían. ¡Maldito seas! Ahí donde él no veía otra cosa que unos trapos abrasados por la lumbre que chirriaba, Magdalena veía a sus bebés convertirse en cenizas. Me habéis quemado a mí también, maldito, sentenció colérica, encajándole los ojos que ya no eran azules. Ahora su mirada era gris, fría como el metal con que están hechas las navajas, lejana y profunda como un despeñadero. Maldito seas, repitió como si pronunciara una sentencia de muerte y Juan notó que esa voz de lija ya tampoco era su voz.

Como un animal despavorido, Juan salió huyendo sin querer mirar atrás, anhelando que el camino no tuviera retorno. La piel se le erizó cuando creyó oír unos chillidos que bien podrían haber sido de los cerdos. No estaba seguro. ¡Qué rápido se puede perder la razón! Era eso o a lo mejor todo aquello era tan real que, de volver, se encontraría con sus dos niños recibiendo consuelo, recostados en el pecho de su madre.

Padre nuestro que estás en el cielo...

Hay que rezar más y preocuparse menos, le aconsejó su madre. Pero hay que hacerlo en soledad y con disimulo. Un hombre tiene la obligación de tragarse sus fragilidades. No puede permitirse que le suden las

manos ni que se le ablanden las rodillas. Un hombre asustado debería necesitar, a lo mucho, un buen trago para recuperar su temple. Un trago. Caminó hacia una zona más concurrida hasta que los latidos del corazón se le fueron apaciguando. De a poco se fue convenciendo de que su jaqueca, que en últimas fechas era casi permanente, los dolores de espalda y su virilidad lastimada por el espanto habían sido los culpables de semejante alucinación. ¿Cómo iba su mujer a tener los ojos grises?

Siguió andando hasta que su respiración recuperó su ritmo normal y se encontró con el cálido refugio que necesitaba. De él se desbordaban risas y música. A eso de las siete de la noche de un jueves entró, por primera vez, a la cantina del faro.

De rodillas ante el fuego de la chimenea, Magdalena se abrazaba a un vestido negro que había terminado de coser. Entre las llamas vislumbraba una línea divisoria: vida y muerte. Un ventarrón que las avivara sería suficiente para acabar con su infructuosa presencia y, de paso, acercarla a sus hijos. Entre el lugar en donde estaban y el purgatorio no debía de haber mucha distancia, supuso, fantaseando con reunirse con ellos en el más allá. ¿Más allá de qué?

Más allá de la muerte, mamá...

...Él también está maldito y todo lo que venga de él lo estará. Y los hijos de sus hijos verán a los muertos y entre los muertos estarás tú.

¡No! Él ha cumplido con su deber de hombre. Soy yo la que...

...los hijos de sus hijos verán a los muertos. Y los muertos nos quedaremos entre ellos.

Sus hijos son ustedes.

Sus hijos no serán fruto de tu vientre.

Amén.

Maltrecho, Juan se sentó en la barra. Pidió una cerveza. El licor lo convenció, como a todo el que entra a una cantina sin compañía, de que sus desdichas eran muchas y más grandes que las de cualquiera de los hombres que estaban ahí sentados con la espalda encorvada y la mirada puesta en su bebida. Magdalena, maldita ella. Maldita la hora en que se había fijado en ella. Y la hora en que su madre aprobó el matrimonio. Y en que su padre le regaló la granja. Maldita mujer. Maldita la granja... achacaba culpas, hasta que un muy sutil olor a vainilla le hizo girar la cabeza hacia una mujer de piel morena que, entre risa y risa, estaba sirviendo tragos. No llevaba más que una moneda en los bolsillos, así que se conformó con beber a sorbos mínimos para poder contemplarla por más tiempo. Juan dejó de blasfemar y hasta se fue olvidando de todos sus males.

Cabello negro y tupido. El rostro como los que describían los conquistadores de América en sus cartas a los reyes de España. Quizás era una princesa indígena o la mismísima doña Marina, se figuró hipnotizado por los ojos negros que advirtieron que unos muy verdes intentaban atraer su atención. La mujer, sirvienta con porte de soberana, se le fue acercando. En el tarro sólo quedaba espuma. Le preguntó si quería beber algo más

y Juan negó con la cabeza. Ella advirtió que no traía más dinero y se echó a reír divertida ante él que la contemplaba como si no fuera de este mundo. ¡Qué hermosa era esa risa que emanaba hasta por los ojos! Coqueta, le sugirió que mejor volviera al día siguiente. Viernes, sábado y domingo dejaba de ser mesera para desempeñarse como meretriz.

¡Ea! ¡Celina! ¡Que los de la mesa del fondo quieren más vino!, le gritó su patrón cuando la vio distraída y ensimismada en la charla con aquel cliente. Hasta pronto, guapo, se despidió ella como si ni se inmutara del regaño. Celina, que tenía otro nombre en su tierra natal, había lanzado el piropo con sinceridad. Juan era un hombre guapo.

Mujer vaina, flor de vainilla, mujer milagro, mujer caída del cielo, oraba Juan al salir del bar con el sonsonete de una letanía. Con qué facilidad se había embriagado de su imagen. Era, sin lugar a duda, la criatura más hermosa que había visto. Qué extraño nudo de acontecimientos. Magdalena. Celina. A partir de ese día, de esa noche, todo lo bueno tendría que ver con Celina y lo malo, con Magdalena.

El cielo oscuro ya le reclamaba que dirigiera sus pasos a casa. Guste o no, siempre hay que volver. Y, conforme se iba acercando, la migraña volvía a atacarle la cabeza como una neblina que se condensaba. No, no era neblina, era tizne y ocupaba la entrada de su casa. Había tanto humo saliendo de la chimenea que no se daba abasto. Preocupado, apresuró el paso temiendo —o tal vez, muy dentro de sí, deseando— que su mujer hubiera cometido una locura. Abrió la puerta, y...

Pero ¿qué habéis hecho?, la reprendió exaltado cuando la halló tan cerca del fuego. Espasmos. Otra vez ese llanto que parecía despedazarle la garganta, ése que le había escuchado la noche del primer aborto. Magdalena había arrojado a la chimenea todos sus vestidos de muchacha y llevaba puesto uno negro a medio hacer y con él, diez años más. Juan la agarró de la cintura y notó que, junto con sus prendas, también se había despojado de diez kilos de su peso. Estoy maldita, farfulló una y muchas veces, y Juan no cesaba de contradecirla. Las voces, oigo voces que me atormentan, seguía hablando Magdalena. Yo creía que eran mías, pero no. Han venido a ocuparme a mí, a esta casa, se lamentaba y, mientras lo hacía, se daba palmadas en la cabeza y se jaloneaba el vestido a la altura del vientre. Juan la abrazó para tranquilizarla; le acariciaba el pelo, sobaba su espalda, pero, cuando se percató de que sus ojos seguían grises, le dio la razón sin decirlo en voz alta. Tendría que sacar el espejo de la casa para que Magdalena no se diera cuenta de que, en efecto, estaba maldita.

La granja fue recuperando su mustia calma tras un rato de consuelos sin ternura.

El aire por fin se limpió, pero la jaqueca de Juan empeoró como si su cabeza hubiera absorbido todo el humo. Sus sienes retumbaban en la almohada. Sienes de plomo. Plomo palpitante al igual que sus párpados pesados, inyectados, calientes. Apenas y podía soportarlo. Quería dormir, o por lo menos intentarlo. Ya iría temprano a la iglesia y después al mercado por un poco de

romero para hacerse cualquier menjurje que le ayudara a amainar sus dolencias.

¿Duermes?, preguntó Juan a su mujer antes de cerrar los ojos. Cómo hacerlo si ellos me siguen hablando, le respondió con los ojos bien abiertos, fijos en las grietas del techo. Y cómo podría hacerlo Juan después de esa respuesta. Cómo hacerlo estando cerca de la piel de Magdalena que le impregnaba un olor a tizne al lecho que a esas alturas del matrimonio debería estar oliendo a resabios de leche materna y meados tibios.

Se despertó en una cama vacía y amarillenta por los encenques rayos de sol. Las gallinas todavía no cacareaban y Juan ya se había ido a trabajar. Le pareció extraño, aunque prefirió no hacer suposiciones. Las suposiciones conducen a los malos pensamientos y los malos pensamientos al pecado. La mente también tiene que aprender a guardar silencio porque el silencio nos acerca a Dios. Y nada mejor que cumplir con los quehaceres para acallar esos ruidos de la cabeza. Limpió donde ya había limpiado, lavó las sábanas que recién había cambiado y hasta se acordó de darle de comer a los animales que sobrevivían desenterrando menudencias de donde podían. Más tarde, tomó su caja de costura y se sentó a bordar un mantón que combinara con su vestido negro. Se entregó a la tarea casi mecánica de rezar entre puntada y puntada esperando a que pasaran las horas más rápido. Ella se acompañaba con sus costuras, Juan con los costales de harina que eran como espadines incrus-

tados en el espinazo de un toro. El dolor acerca a Dios, le había dicho su abuela cuando se quejaba de sus dolores de cabeza. Mentira. El dolor lo hacía renegar de Él y de la vida que lo había elegido. Tanto que le costó hacerse con los animales, tantas esperanzas puestas para qué, ¿para que las gallinas dejaran de poner huevos y los cerdos tuvieran el pellejo pegado a las costillas? Y Magdalena viviendo en otro mundo sin darse cuenta de que su presencia intoxicaba la tierra. Ninguna semilla era fecunda, ni siquiera la suya. Se exasperó y volvió a maldecirla. Esa no es mujer. ¿Por qué impedí que se arrojara al fuego? El arrepentimiento vino de inmediato, más por temor al castigo divino que por el amor que alguna vez sintió por ella. Pidió perdón. «La desesperación me vuelve malo, Señor».

Dos caballos jalaban una carreta. La piel de los animales, marrón y brillante como terciopelo, le recordó la piel de la muchacha de la cantina y, emocionado, pensó en ella y la promesa que encarnaba. Escondiéndose de Dios debajo del último costal que cargaría antes de terminar su jornada, al igual que Adán cuando se supo desnudo, concluyó su oración, resignado, y con la voz muy bajita, dijo: Haz de mí Tu voluntad.

Juan se apresuró a la cantina. Pasó por alto su desaseo; estaba empolvado, olía a sudor agrio y al frescor de la última resolana de la tarde. Sus ganas sobrepasaron la vergüenza de presentarse así, sucio y despeinado. Total, Celina era una puta. Peores cosas habrá visto.

Un montón de parranderos tarareaba las melodías que emergían de la pianola. Hombres riéndose a carcajadas de sus miserias, de sus estupideces; mujeres que les se-

guían la corriente y los animaban a seguir diciéndolas. La cadena que cerraba el paso a la escalera de madera que daba a un segundo piso estaba abierta para permitir el acceso a la torva de lujuriosos que, por unas monedas, hallaban en esos cuerpos alquilados la dosis de frenesí que necesitaban para después volver a sus rutinas. Celina reía entre un grupo de muchachos que le coqueteaban. Llevaba puesto un faldón rojo y un corpiño blanco escotado. El cabello suelto caía en puntas disparejas por su cintura y su frente estaba adornada con unas ostentosas flores que le daban un toque de realeza indígena. ¡De rodillas ante la virgen!, gritó un borracho, y ella juntó las palmas de las manos mirando al techo. ¡Brindemos por la virgen de los pobres! ¡Salud!

Lo vio entrar. No le sorprendió. ¿Ahora sí trajiste suficiente?, le preguntó risueña. Él abrió un saquito de franela y le mostró unas monedas que, por los nervios, se le cayeron al suelo. Celina soltó una risotada mientras que él, de rodillas, buscaba las dos que le faltaban. ¡Postraos ante la virgen de los indios!, bramaron los presentes. Hubiera podido besarle sus diminutas plantas. Pies morenos, pies de emperatriz de la tierra conquistada. Por la bulla no escuchó lo que ella le dijo después de guardarse el dinero, sólo la siguió cuando, con un movimiento de cabeza, le indicó que subiera por la escalera que los alejaría de ese ambiente profano.

En un cuarto suavemente iluminado, perfumado con notas de vainilla y sexo, Celina le limpió la cara con el borde de su falda. Trabajas mucho, necesitas descansar, le dijo y le besó sus manos hoscas y callosas. Juan se estremeció. Sintió que volvía del letargo del celibato.

Celina le acarició los párpados; jamás había visto unos ojos tan bonitos, y eso que había tenido tantos de cerca. Él tocó su piel como si fuera de seda negra y ella, que nunca había sido tratada con ternura, se entregó a su cliente como si no hubiera recibido paga.

Ésa fue la primera de muchas noches que pasarían juntos.

Así pasaron los años, nueve o diez.

De aquellos tiempos no hay mucho que contar, salvo que Magdalena envejeció unos treinta. Apenas y salía de su granja. Evitaba cruzar palabra con las mujeres del pueblo, aunque sus conversaciones parecieran ingenuas: que si una receta de cocina, que si el clima, que si el costo de la vida. Sabía que susurraban a sus espaldas y que inventaban miles de historias alrededor de ella: «Seguro que padece algún mal del alma», «Está en los huesos, y habéis visto lo que le ha pasado en sus ojos», «Tal vez se está quedando ciega y por eso se ha encerrado», «Válgame, le han salido mechones blancos en las sienes», «Pero ¿cómo?, si no es tan vieja», «¿Y cómo que no se ha embarazado? Quizás un remedio de hierbas. Que pague unas misas», «Es mejor no acercarse mucho. Ustedes no lo saben, pero lo que se dice es que...».

Esos años transformaron a Magdalena de solitaria a loca y luego a bruja. Se decía que era una bruja. Los niños que fueron creciendo hasta dejar de serlo, y que ya no conocieron su sonrisa ni su cabello castaño ni sus ojos azules, creían imposible que esa mujer hubiera sido

alguna vez una muchacha cándida. Lo que sí creían, porque es lo que les había tocado conocer, era que en esa granja vivía una vieja que paría hijos muertos y que se los comía cada noche de Todos los Santos. Por eso necesitaba tener a su marido hechizado. Quién sabe quién o por qué empezó a forjarse semejante rumor, pero para ese entonces las madres ya habían prohibido a sus hijos acercarse a la granja. No fuera a ser verdad.

Se cuenta que una vez un niño con ínfulas de aventurero se asomó por la ventana y alcanzó a ver a Magdalena a sus poco más de veinticinco años, aparentando, por lo menos, cincuenta. Estaba encorvada, hilvanando sempiternas puntadas, en aparente sosiego, frente a la chimenea. El ruido que hizo cuando sin querer tocó el vidrio de la ventana con su nariz la puso alerta. Se asomó al exterior. Hacía tanto que no tenía animales que cuidar, y Juan debería estar trabajando en la harinera. Nadie hacía ruido a esas horas. Los ojos del niño se encontraron con unos grises, muy abiertos, como de animal prevenido, y se echó a correr. El lugar olía a tizne, como a carne chamuscada, contó poco después. Luego le vinieron fiebres, pesadillas durante tres noches seguidas, y desde entonces nadie más se atrevió a ir a la granja, aunque pareciera que ahí no pasaba nada. Apparentemente nada, porque la tristeza estrujaba la garganta de Magdalena recién se pintaba el cielo de bermellón, del mismo color de la sangre que tiñó sus sábanas en los malos partos. Mejor no volver a mirar afuera a esa mala hora. La memoria no le daba tregua. Ni en el silencio había silencio. Qué ganas tenía de vivir en un lugar lo más parecido a una tumba, qué ganas de no oír las voces,

anhelaba y para apaciguar sus penas cosió unas cortinas negras, las bordó con la imagen de Cristo en la cruz y todos los días, a las cinco de la tarde, las corría sin importarle que fuera invierno o primavera.

En esos años Juan se dedicó a hacer lo suyo: trabajar y proveer, cumplir como marido y también como amante. Cada vez era más el tiempo que pasaba con Celina, su único pedacito de felicidad en ese pueblo y esa vida que lo ahogaban con sus humores. Todo en su vida olía a miseria, excepto el cuarto de ella, donde pasó muchas horas imaginando un montón de imposibilidades como pasear juntos por la plaza, borrar el pasado y convertirse en pájaros.

Se hicieron muchas confidencias; sin embargo, había dos habitaciones en las que preferían no entrar: el origen de ella y el hogar de él, porque en ambos sitios no había cabida para otra cosa que no fuera la penosa conclusión de que sus dolores eran irremediables. Lo de ellos estaba atado a la imposibilidad.

Mejor soñemos, Juan. Soñemos hasta que la realidad nos despierte.

Y la realidad los despertó de golpe cuando la cortesana, que después se supo era de Perú, le anunció que pronto —pronto era en menos de una hora— se iría a Francia con un tal Pierre, y también así de golpe le confesó que lo conocía desde hacía tiempo. Se trataba de un cliente asiduo que no se encontraba con ella en la cantina sino en un espacio lujoso normalmente por las mañanas. Tenía casi sesenta años y había ofrecido llevársela a su país bajo un contrato de exclusividad que incluía vestidos, mensualidad, sirvientes y una casa cerca

de los Campos Elíseos. Suena a que es un lugar donde vive gente muy principal, le contó Celina a Juan. Era, sin lugar a duda, una gran oferta para alguien que se conformaba con ser la amante perpetua de un acaudalado comerciante francés de apellido compuesto. Pronto voy a cumplir treinta años, igual que tú, pero tú eres hombre. Para ustedes el tiempo camina más lento. A los treinta, metida en este lugar, cuando los clientes se vayan uno a uno, cuando la música deje de tocar para mí, cuando las canas ensucien mi melena y pase de ser bella a ridícula, ¿qué voy a hacer de mi vida?

Él no hubiera querido que se fuera, aunque comprendía que no tenía nada que ofrecerle, ni siquiera la soltería. La impotencia contuvo sus argumentos. No soy tonto, sé cómo funciona el mundo; entre dos que están casados vas a elegir al rico, no al que amas, si es que me amas, y haces bien. Celina lo consoló y hasta intentó convencerlo de que a su mujer todavía le quedaba juventud y que, si de veras se lo proponía, pronto olvidaría las indómitas faenas que los reunían en su cama tan seguido.

No es el sexo, es tu olor y el sueño de convertirnos en pájaros...

Ya me tengo que ir, insistió Celina y se liberó de los brazos que le rodeaban el torso. Se puso un abrigo y tomó el pequeño maletín que reposaba cerca de la puerta del cuarto. ¿Cómo es que Juan no había visto el maletín? Y se apresuró a bajar las escaleras de la cantina.

Juan iba detrás de sus pasos. Bajó las escaleras que tantas veces subió siguiendo su faldón y, antes de que Celina saliera, él se atrevió a pedirle una cosa, una última voluntad como el que pronto será llevado al paredón:

que le dijera cómo se llamaba. Te lo diré cuando estemos muertos, porque en la muerte seremos libres. Tú no tendrás que pagar y yo no tendré que venderme. Cuando estemos muertos, ya no te interesará saber mi nombre, le contestó y cruzó la puerta de la cantina.

Adentro, Juan se quedó llorando como un niño arrancado de los brazos de su madre. Sus gritos se diluían en las eternas carcajadas de los borrachos y sus lágrimas con el licor y la pena. Se limpió con la manga de su camisa y notó que su ropa y su piel habían quedado impregnadas de su aroma. Vainilla.

Afuera, el aire fresco secaba las discretas lágrimas de la cortesana. Un carruaje se detuvo a su lado. Desde el interior, una mano pálida salpicada de canas y manchas de sol se extendió para ayudarle a subir. Pierre la saludó con un beso y le limpió los ojos. Es que lloro de alegría, mintió evitando pensar en Juan, a quien reconoció en ese instante como el amor de su vida. Basta ya. Háblame de París. Háblame, Pierre, de las cosas bonitas que se compran con el dinero en abundancia. Dime algo con tu pronunciación que confunde erres con ges. Dime, en el idioma que te plazca, que huelo a vainilla, vainilla de América, de la más exótica, de la más cara.

Bajo la luz del quinqué, Magdalena se resignó a que su marido no llegaría a dormir. Esperó a que amaneciera y, muy a su pesar, salió de la granja para ir a buscarlo al pueblo. Lo primero que encontró al llegar a la plaza fueron los cuchicheos distantes y maliciosos de siempre y después a Juan tumbado al pie de una fuente oliendo

a vómito dulzón y con los ojos hirviendo. ¡Todo se lo está llevando el demonio y vienes a persignarme, santurrón de mierda!, le gritoneó a Magdalena, quien ya de por sí se sentía culpable de todas las desgracias de su incompleta familia. Por eso agachó la mirada de becerro apaleado y asintió mientras él la seguía reprendiendo: ¿Por qué no te rebelas? ¿Por qué no te enojas? ¿No te enfurece pensar que yo, desde hace años...? ¡Qué vas a enojarte! Tú no sientes nada, porque no eres nada. Y nada tienes dentro.

Furioso, se incorporó y la tomó del brazo que parecía una ramita seca. Esto se acabará ahora mismo. Te voy a hacer sentir, juro que algo vas a sentir, amenazó llevándosela hacia la granja a tirones bajo la mirada de los testigos que, más morbosos que asustados, veían a la pareja caminar entre los ásperos gritos de él y los chillidos casi mudos de ella. «Está rabioso porque ya se fue la peruana», «Nada tonta, se fue con uno de los dueños de la harinera donde trabaja Juan», «Sí, pero es un viejo que está casado», «Éste también está casado, y con una bruja», «¡Ave María Purísima!».

Iracundo, como perro rabioso, Juan cerró la puerta y corrió las cortinas. Luego lanzó a su mujer sobre la cama. Se quitó el pantalón. Magdalena estaba asustada, tiesa, seca, pero nada de eso le importó al que, con la saña de una bestia, tomó lo que era suyo por derecho divino desde el día en que ella fue hacia él dando brinquitos infantiles por el pasillo de la iglesia en donde los casó el padre Jacobo.

Juan, te lo ruego, ellos están aquí. Nos miran...

Él le respondió con una bofetada.

... esta escojo por mi esposa,
y por mi mujer también,
que parece una rosita
acabada de nacer...

Te lo ruego, Juan. Los niños lloran. Cantan y lloran.

¡Cállate, estúpida!

Juan no soportaba esa mirada gris y suplicante de Magdalena. Con una palma le tapó los ojos. Con la otra hubiera querido asfixiarla.

La próxima vez les dices que se salgan.

Atormentada por la soledad y temiendo lo que vendría después de las continuas noches de violenta posesión, Magdalena se enseñó a lidiar con las circunstancias como creyó que debía hacerlo una buena esposa.

Al caer la tarde se daba un baño mezclando en el agua gotas del agua bendita que se robaba de la pila de la iglesia, se quitaba la ropa interior, se ataviaba con un camisón fácil de alzar y les pedía a sus niños que se fueran a jugar al árbol de manzanas.

Solía aprisionar un rosario en la palma de su mano. Ya no sólo rezaba mientras hacía sus costuras y cuando veía llegar a Juan, sino también cuando contenía sus orgasmos por miedo a sucumbir a los deseos de su carne indigna de placer, porque antes de merecerlo debía cumplir y darle a su marido hijos vivos.

Una mañana volvió a sentir el conocido malestar que se le atrancó en el coxis. Estaba sola. Anticipándose, al igual que quien prepara las exequias de un enfermo ter-

minal, sacó una mantita bordada del cajón de su mesita de noche, calentó agua con hierbas y se preocupó por colocar unas sábanas viejas en el suelo para evitar manchar la cama. Cuando el dolor le ensortijó el vientre, se recostó lista para pujar. Apretó el bulto que sentía descender por sus oquedades y lo empujó hacia abajo esperando que esa maniobra la hiciera terminar más pronto. Y así fue. Magdalena, sudando, se alzó a contemplar el pedacito de carne al que acarició con amor: Tú te vas a llamar Isabel, como las reinas, le susurró. Enseguida lo lavó para acomodarlo en la moraja que había decorado con la imagen de un Cristo de la Misericordia, le untó la sal, el aceite y le roció un poco del agua bendita.

Tenía casi veintisiete años cuando su vientre expulsó a su tercera criatura y esa vez ni Juan ni nadie se enteró del acontecimiento que ya había perdido el brío de la sorpresa y el infortunio.

La historia de Juan y Magdalena había empezado de la manera en que empezaban casi todos los noviazgos de aquellos tiempos. Dos familias que se llevaban bien hacían pequeños intercambios comerciales, y tenían hijos que claramente se gustaban.

Ella tenía trece años y él diecisiete cuando se comprometieron. Se organizó una celebración íntima para anunciar el futuro matrimonio y ahí, por primera vez, Juan se atrevió a tocarle la mejilla. Sonrojada como las ciruelas cuando están frescas, Magdalena le sostuvo las muñecas para que no siguiera, porque en una de esas no

sería capaz de controlar el cosquilleo que empezaba a sentir en su plexo.

Fantaseaban y sus fantasías no se quedaban flotando en algún lugar del aire. Los suyos eran anhelos sencillos y por sencillos, realizables. El padre de él les daría una antigua granja que habían heredado de generaciones atrás y comprarían algunos animales. Con las primeras crías empezarían a forjar una modesta fuente de ingresos. Tendrían borregos, vacas y un caballo para cada uno. ¿De qué color quieres el tuyo, Magdalena? Ella siempre anheló uno con el pelaje marrón y brillante, aunque jamás se lo compraría porque, según su madre, cabalgar provocaba que la matriz se aflojara. Eso de montar a caballo no era cosa de mujeres.

La muchacha llegó a la ceremonia nupcial sin haber cumplido siquiera los quince años. Era 1872, probablemente algún día de mayo porque las flores de la celebración de la virgen del Mar aún se conservaban frescas en el altar del templo.

Caminó por el corredor del brazo de su padre dando saltitos cortos y alegres, con su vestido blanco y una pañoleta de encaje que le cubría su carita de facciones redondeadas, de niña. Juguetecía con su falda como si fuera un abanico. ¡Compórtate!, la reprendió su padre y ella, liberando una risa mustia, miró hacia donde estaba su novio esperándola divertido, cómplice de una travesura.

Apenas y prestaron atención a las palabras del cura que, entre latín y español, les explicaba la importancia

de la fidelidad de la esposa, la obediencia de la esposa, la fecundidad de la esposa.

He entrado en mi huerto, hermana mía, esposa mía; he recogido mi mirra con mi bálsamo. He comido mi panal y mi miel; he bebido mi vino y mi leche. Coman, amigos; beban y embriáguese, oh, amados. Yo dormía, pero mi corazón velaba. ¡Una voz! ¡Mi amado toca a la puerta! Ábreme, hermana mía, amada mía, paloma mía, perfecta mía, pues mi cabeza está empapada de rocío, mis cabellos, empapados de la humedad de la noche.

Cantares 4:12

Una vez concluida la ceremonia, el padre Jacobo les dio la bendición y los mandó a ir en paz. Los recién casados se besaron con recato. Los presentes, que no eran tantos, aplaudieron y todos se dirigieron a la fiesta que se celebraría en casa de los padres de la novia.

Entre la música, la comida y el barullo los recién casados se ocultaron detrás de un árbol de manzanas para darse un beso como el que tenían prohibido darse. Un beso libre, nacido en el plexo de Magdalena desde el día del anuncio de su compromiso, cuando fue tocada por primera vez.

Nada quedaba de esa muchachita y tampoco de ese Juan, meditaba cuando la contemplaba bordando y balanceándose en su silla mecedora como lo hacía desde hace más de veinte años. Veinte. Habían vivido tanto y tan poco. Desde que se habían muerto las últimas gallinas, ya no hacía otra cosa más que bordar, coser y,

de vez en cuando, ir a misa con un velo negro, siempre negro, no por puritana sino para que nadie notara que las arrugas empezaban a surcarle esa piel escamosa de resequedad. Y tan bonita que era a sus trece años, como una florecita silvestre alumbrada por el sol entre los trigales. La que habitaba su casa era una presencia ajena. Su mujer estaría cumpliendo treinta y siete, no los sesenta que aparentaba esa cosa gris y enjuta que parecía estarse echando a perder. Tanto que había deseado tener una familia. Para eso se casa uno, para hacerla con amor, sexo y partos. Ese vientre estéril lo había condenado a la soledad y al chismorreó.

Magdalena se estaba transfigurando en la promesa de la muerte, porque no daba a luz, daba a oscuridad.

(Tu) la oscuridad (me) nos está consumiendo, mujer. Hay que irnos de aquí antes de que la granja se convierta en polvo. Acabo de recibir una carta del tío Ramón, el hermano de mi padre. Necesita ayuda con su hacienda y aquí en Santander ya no nos queda nada, ni siquiera mi espalda para seguir cargando costales. Tengo cuarenta años, estoy viejo y ya no resisto más. No quiero morirme aquí como las plantas que se secan porque no les cae el agua de la lluvia. Sea por Dios, nos iremos a México.

Yo iré adonde deba ir, le respondió ella con prontitud para no darle cabida siquiera a la resignación.

A comienzos de 1895, Juan y Magdalena partieron a un puerto de Francia y de Francia a Veracruz.
